

Y acto continuo, sin considerar que daba el primer tajo á aquel tratado de pura amistad, apoyó sus labios en las dos manos que se le abandonaban y las cubrió de besos.

Berta le dejaba hacer sin manifestarse ofendida; bajaba los ojos y su sonrisa de esfinje continuaba vagando por sus labios.

Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual, solo se oía la caída lenta y acompasada del aceite en la lámpara, el movimiento de las cortinas acariciadas por la brisa de la noche y el sordo rodar de una carreta en el campo.

Los labios de Lorenzo no acertaban á desprenderse de los brazos de Berta. En aque instante se oyó el sonido del reloj de Sermaize que daba las diez, y madama de Brioules retiró bruscamente sus manos aprisionadas.

—Es tarde, murmuró—y no quiero escandalizar á mi doncella... Es fuerza que partais. . Saldreis por el jardin.

Salieron ambos de la habitación, y Berta condujo á Lorenzo, sirviéndole de guía, por las oscuras calles del jardin, hasta una puertecilla que daba al campo. Llegados allí, quiso Berta acompañarle algunos minutos más, y casi sin hablar caminaron un rato uno al lado de otro, bajo el cielo tachonado de estrellas. Cuando llegaron al sendero que desembocaba en la carretera, Berta le alargó la mano.

—¡Buenas noches!—murmuró con cierto tonillo en que podía traslucirse una intención irónica.

Y seguidamente echó á andar para volver al jardin, en tanto que Lorenzo entraba en el sendero, tambaleándose como un borracho.

## V

Era el día 9 de Agosto, víspera de San Lorenzo, festividad que el marqués de Rosieres acostumbraba á celebrar, alegremente, en honor de su santo patrono; pero que este año amenazaba concluir de una manera harto desapacible. Exceptuando Ambrosina, que á la hora de la comida se presentó ante el marqués con un abultado ramo de espuelas de caballero, nadie había ido á felicitarle, y había comido solo, sin otra compañía que su mal humor. Su hermana la señora de Brioules se hallaba visitando á algunos amigos al otro extremo del departamento; Berta tomaba las aguas de Sermaize; Santa María, recluso en el Neufour y absorto en sus meditaciones como Simeón Stilita en su columna, ignoraba hasta el mes y el día de la semana en que vivía.

Abandonado á sí propio, saboreaba melancólicamente el marqués una copita de kirsch, y suspiraba recordando los jubilosos aniversarios de otros tiempos. A lo largo de las paredes revestidas de maderas



ensambladas, los retratos de los Rosieres, senescales de Lorena y caballeros de San Huberto, en traje de gala, canonesas de Poulangy y abadesas de Saint-Hoult parecían apiadarse con su mirada inmóvil de la tristeza de su postrer vástago.

—¡Hasta Sebastiana me abandona!—gruñó M. de Rosieres, moviendo la cabeza, ya completamente gris.

Como para obligar al marqués á arrepentirse de aquella acusación algo precipitada, abrióse la puerta y apareció en el dintel la señorita de Fierbois, calzada con sus gruesas botas, cubierta la cabeza con un ancho sombrero de paja y trayendo en la mano tres rosas campestres, atadas con un hilo grueso.

—¡Buenos días, ahijado!—exclamó con su voz varonil.—¡Que los tengas muy felices!... A pesar de que hoy estamos en lo más apremiante del vaciado, me he escapado de la fábrica para venir á traerte mi ramo.

Aplicó dos sonoros besos á las mejillas del marqués, é introduciendo las rosas en el ojal de su solapa, añadió:

—Ya está bien... Y ahora, ¿qué tal va?

—¡Mal!—contestó M. de Rosieres moviendo la cabeza.—Santa María cada vez más loco y sumujer corriendo por esos mundos de Dios... Ya hace quince días que se fué á las aguas de Sermaize.

—¡Qué diablo! ¡es tan fastidiosa la compañía de tu

sobrinol... Y debe agradecer que no se la haya antojado prolongar el viaje é irse á los baños de mar.

—Más me hubiera gustado eso... Encuentro ridículo que haya elegido precisamente á Sermaize, donde reside ese tarambana de Lorenzo. Ambos tuvieron sus amorcillos en otro tiempo, y no faltarán malas lenguas que digan que la cabra tira al monte...

—¡No digas desatinos!—le interrumpió bruscamente Sebastiana.—Valiente caso hace Lorenzo de tu linda sobrina, cuando está enamorado de una excelente muchacha, con quien se casará este otoño y para cuya boda estoy convidada... Y además, aunque no me merezca Berta la más alta opinión, la tengo por harto egoísta para meterse en la tracamundana de una pasión ilícita, y demasiado lista para ir á comprometerse por meras ligerezas.

—Discurrís sobre este particular como lo haría un ciego tratándose de colores, respetable madrina—exclamó M. de Rosieres, sacando una carta del bolsillo.—La verdad, porque ya podreis suponer que he tratado de caminar sobre seguro, y que no se engaña así como se quiera á un zorro viejo como yo; la verdad es, según me escribe un amigo que ha pasado allí una temporada, que mi sobrinita dá bastante que hablar en aquel criadero de ranas... Se comentan sus trajes llamativos, sus maneras demasiado libres, y sin formular una acusación concreta, se percibe en la atmósfera que la rodea cierto tufillo de amores...



¿Por lo visto esto os proveca la risa, señora madrina?...  
¡Muchas gracias!

—Me reía—contestó Sebastiana—porque encuentro muy chistoso que un libertino como tú, que ha comprometido á docenas de mujeres, se convierta en predicador de virtud, cuando se ha hecho viejo.

—¡No se trata de virtud!—exclamó el marqués incomodado—y me importarian un comino las travesuras de la dama, si no se llamara la señora de Briulles; pero por anchas tragaderas que yo tenga, no me hace maldita la gracia que mi futuro heredero esté siendo... un marido grotesco, y no estoy de humor para consentir que mi fortuna y mi nombre vayan á parar á chicuelos que no tengan de Briulles más que la etiqueta.

—Ahijado, estás dando por las paredes.

—¡No, voto á bríos! Conozco bien á las mujeres, y sé que hay momentos en que su virtud está pendiente de un cabello.

—¡Descarado!

El marqués solo contestó con un movimiento de hombros, y volvió á otro lado la cabeza. Los ojazos burlones de la señorita Sebastiana le molestaban extraordinariamente, y huyendo de ellos, fué su mirada á caer sobre los retratos de familia, pendientes de las paredes; pero tampoco allí encontró sino maliciosas sonrisas é irónicas ojeadas; parecía como que los senescales de amplias pelucas, y las canonesas

tias en sus corpiños atacados, se le mostraban unos á otros con ademán de conmiseración. Púsose á redoblar sobre el tablero de la mesa con movimientos nerviosos y dijo, por último, con acento burlón:

—En fin, el vino está escanciado y no hay más remedio que beberlo; pero al menos cuidaré de que no le echen agua.

—Hijo mio—dijo la señorita de Fierbois, levantándose para marchar—hay una Providencia que nos obliga á paladear el mismo vino que hemos servido á los demás, y, aguado ó puro, no hay más remedio que apurar hasta la última gota... ¡Ea, buenas noches!

Al siguiente día, muy temprano, fué M. de Rosieres al Neufour. La única sirviente que tenía á su cargo el cuidado de la casa y persona de Santa María en ausencia de su mujer, le dijo que M. de Briulles se encontraba ya en su despacho. Subió el marqués la fría escalera de piedra que conducía al primer piso, atravesó un pasadizo húmedo y entró sin llamar en la habitación donde trabajaba su sobrino. Este, enfrascado hasta las orejas en la lectura del *Antiguo y Nuevo Testamento* del padre Calmet, no oyó siquiera acercarse á su tío, ni levantó la cabeza hasta que M. de Rosieres, cerrando bruscamente el in-folio colocado sobre el pupitre, exclamó:

—Basta por hoy de libretes: tengo que hablarte de cosas serias.



Santa María, que era excesivamente nervioso, dió un salto en la silla y miró al marqués con gesto asustado.

En los tres años que habían pasado había envejecido mucho; algunas hebras grises asomaban ya en su descuidada cabellera, tenía hundidos los ojos, y su escuálido rostro, adornado de una barba de tres días, ofrecía una expresión aún más apenada y enfermiza que en otros tiempos.

—¡Ah! querido tío—balbuceó—me habeis asustado. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Buenos días!—prosiguió M. de Rosieres, desembarazando un banquillo cubierto de libros y sentándose en él.—¿Tienes noticias de tu mujer?

Volvióse á medias Santa María en su silla, y dirigiendo á su tío una nueva mirada de miedo, contestó:

—No, desde hace quince días... Verdad es que tampoco las esperaba.

—¡Ah!... ¿y cuándo piensa volver al Neufour?

—No lo sé... ó por lo menos, nada se había acordado sobre el particular.

—¿Y por lo visto, te agrada esta situación de marido *in partibus*?

—Tío—replicó Santa María poniéndose colorado,—ya conoceis mis gustos y mis ocupaciones... La soledad no me asusta.

—Sí, ya lo sé, los maridos todos sois iguales; os figurais que hay para vosotros un privilegio de inmunidad.

—¿Qué quereis decir?

—Digo, ¡voto al diablo! que tu género de vida con Berta es ridículo... Digo que corres grave riesgo abandonando de ese modo á una mujer joven, bonita, y muy apetitosa á fé mia.

—Querido tío, Mme. de Briulles conoce sus deberes.

—En tal caso, está más adelantada que tú, puesto que no conoces los tuyos... Ándate con mucho tiento. La mujer es fragil, el diablo astuto y no hay que chancearse con estas cosas, hijo mio.

—Explicaos—murmuró con voz sorda Santa María.—¿Juzgais capaz á Mme. de Briulles de alguna incorrección en su conducta?

—No digo tanto—se apresuró á contestar prudentemente el marqués;—me pareces demasiado filósofo, y eso es todo.

Dió dos ó tres vueltas por la habitación, se rascó la frente y, volviendo luego á la carga, añadió:

—Lo que digo es que si tú te encuentras bien con esta manera de vivir, á mí por mi parte no me sale la cuenta. Cuando te casaste, llegué á abrigar la esperanza de que, tanto tu mujer como tú, me serviríais de compañía en mi vejez, y es lo cierto que me encuentro más solo que nunca... Ayer fué mi santo y no he visto alma viviente á mi lado... ¿te parece esto razonable y grato?

—¡Ah! querido tío—exclamó avergonzado Santa



María—debí recordar ese aniversario y acudir á felicitaros, cumpliendo mis deberes... No tengo disculpa y mi pícaro genio distraído me hace incurrir á cada paso en faltas parecidas.

—Sí, en cuanto te pones de narices sobre tus libros, el resto del mundo es para tí como si no existiese... Por lo que á mí toca, puede pasar; pero, ¿y tu mujer? tienes á tu lado una criatura encantadora y la olvidas por amor á tus mamotretos. ¡Vive Dios! cuando un hombre se encuentra casado, debe pensar un poco menos en los padres de la Iglesia y un poco más en su mujer... ¿Te parece que después de tres años, no debía yo tener á mi alrededor un par de nietecillos vocingleros y alegres, que dieran un poco de animación á mi casa del Boisdes-Penses?

—Teneis razón—dijo con un suspiro Santa María, cuyo rostro adquirió una sombría expresión; —pero no ha dependido de mí.

—¿Cómo?—exclamó el marqués.—¿Pues de quién diablos quereis que haya dependido? ¿Del Gran Turco?

—Me explicaré—repuso Santa María, bajando los ojos y ruborizándose.—Desde los primeros días de nuestro matrimonio, y sin que, en rigor, ninguno de nosotros pueda culpar al otro, ciertas disparidades de carácter han ocasionado entre Mme. de Brioules y yo una frialdad que ha ido aumentando con el tiempo...

—¡Estoy aplanado, vive Dios!—murmuró el mar-

qués, al oír tan extraña confesión.—¿Y habeis pasado tres años en esa vida insoportable?

—¿Qué quereis que os diga? Ella es altanera y poco expansiva, yo receloso y montaráz como las personas tímidas; ni uno ni otro hemos sabido olvidar ciertas suspicacias, y en lugar de disminuir con el tiempo, el vacío se ha ido ensanchando más cada día.

—¡Eres un torpe!—exclamó M. de Rosieres.—Fuerza es que esto concluya ó yo también me enfadaré, y muy de veras.

—Bien sabe Dios que desearía de todo corazón que terminase tal estado de cosas, pero temo que sea ya demasiado tarde.

—¡Quita, allá! ¿Qué entiendes tú del genio de las mujeres? .. Dios me libre de gentes que llegan al matrimonio con la túnica de la inocencia .. ¿Quieres apostar á que en un par de días hago entrar en razón á Berta y te reconcilio con ella? Ea, ¿me das plenos poderes?

—Lo que hagais bien hecho estará, querido tío—contestó evasivamente Santa María.

—¡Enhorabuena!... Mañana por la tarde estaré en Sermaize y repararé tus torpezas... Te escribiré cuando esté arreglado el asunto, pero vas á prometerme montar en el coche tan pronto como recibas mi carta y marchar volando á reunirte con tu mujer.

—Os lo prometo.

—Pues en ese caso, hasta la vista!... Y sobre todo,



basta de distracciones ó, de lo contrario, te deshe-  
redo.

Al amanecer del siguiente día, como lo había anun-  
ciado, salía el marqués en dirección á Sermaize .

## VI

En tanto que esto ocurría en las Islettes, iba Loren-  
zo experimentando gradualmente los efectos de la  
perturbadora fascinación de Berta de Brioules, que  
empleaba para encantarle y retenerle en procedi-  
miento de infalibles resultados, pero cuya aplicación  
exige una sangre fría y refinamientos de coquetería,  
que no están al alcance de todas las mujeres. El se-  
creto consistía en soplar alternativamente, ya calor,  
ya frío, en el amor de Lorenzo, y en calcular mate-  
máticamente el momento psicológico en que la más  
severa resistencia debe suceder á las más comprome-  
tidas concesiones.

Berta estaba maravillosamente organizada para  
este género de intriga; provocadora y fría á la vez,  
falaz y atractiva, sabía adelantarse hasta el borde  
mismo del precipicio y detenerse á tiempo. Tenía  
miradas, movimientos y frases de adorable mimo  
para arrastrar á Lorenzo en pleno torbellino de pa-  
sión, y luego, cuando se hallaba sumergido en ese

voluptuoso baño de seducciones y cuando creía que  
le bastaba alargar los brazos para ser dichoso, esca-  
pábasele diestramente la sirena de entre las manos  
y le arrojaba magullado contra la playa. Esta manio-  
bra se renovaba todos los días, y siempre se retiraba  
el doctor dejando las cosas en el mismo ser y estado,  
pero más enardecido y más resuelto á proseguir la  
conquista de aquella felicidad siempre prometida y  
siempre rehusada.

Algunas veces, cuando regresaba despechado,  
avergonzado del papel que desempeñaba, operábase  
cierta reacción en su interior, y de pronto, alzábase  
ante él, como un blanco fantasma, la imagen de Va-  
lentina, de aquella Valentina tan pura, tan sincera,  
tan naturalmente casta; y entonces se juzgaba tan  
indigno de ella, que se ruborizaba de asociar aquel  
honesto recuerdo á los deseos que le asediaban, y  
antes que profanarlo, se imponía la prohibición de  
detener en él su pensamiento. El día siguiente, una  
sonrisa de Berta, una semi-promesa que dejaba vis-  
lumbrar diestramente á través de una malla de reser-  
vas y reticencias, le arrastraban á la Espailleraie,  
lleno de esperanzas y animado de audaces propósitos.  
Berta, por su parte, le halagaba, hiriendo las fibras  
débiles de su temperamento sensualista y cándida-  
mente prendado de todo lo que se relaciona con el lu-  
jo, la elegancia y la comodidad. Bajo este punto de  
vista, Lorenzo seguía siendo un verdadero niño; siem-



pre se encontraba en el fondo de su organismo al colegial enamorado de las ricas telas de seda y ávido de conocer todos los refinamientos de la vida social. Berta le seducía, no solamente por su gracia zalamera y su belleza, sino también por sus modales aristocráticos, por el arte de su atavío cuidadosamente estudiado, por su esmeradísima pulcritud y por la embalsamada atmósfera en que vivía y en la que se respiraba cierto perfume de distinción y de hábitos patricios.

Lorenzo había formado el decidido propósito de poseer aquella caprichosa criatura, cuya resistencia, hábilmente calculada, era un cebo cada vez más atractivo y á la que prestaba un extraño encanto aquella cuasi-*virginidad* conservada después de tres años de matrimonio.

Hallábase una tarde á solas con M<sup>me</sup>. de Brieffles en el gabinete, donde reinaba una semi-*oscuridad* misteriosa, y emprendía por décima vez aquel asedio que Berta sabía siempre hacer levantar á tiempo. Aquel día empleaba Lorenzo un empeño desesperado en el ataque; la joven, algo enervada por el sofocante calor de Agosto, y acaso en parte por la arrebatadora elocuencia de Lorenzo, parecía ya medio vencida, cuando sonó un campanillazo en la verja, oyóse luego el murmullo de un animado diálogo en el vestíbulo, y, por último, la doncella, llamando discretamente antes de entrar, vino á anunciar á su ama

que el señor marqués de Rosieres estaba con su equipaje á la puerta.

Al oír el nombre de M. de Rosieres, Lorenzo se puso pálido y se levantó bruscamente. Su situación era harto embarazosa: no podía salir sin tropezar cara á cara con su padre, y si se quedaba, corría el riesgo de ver entrar de manos á boca en el gabinete al impetuoso marqués.

Berta, tras un rápido fruncimiento de cejas, recobró inmediatamente su sangre fría; con un ademán y una mirada intimó á Lorenzo la orden de no moverse, y cerrando en pos de sí la puerta, salió con prontitud al encuentro de M. de Rosieres. Ya era tiempo, porque se oía en la antesala el pesado paso y la voz jovial del marqués.

—Buenas tardes, hermosa sobrina—exclamó—¿He venido á sorprenderos, no es cierto?.. No he querido pasar por Sermaize sin abrazaros y daros noticias de Santa María... ¿Podeis tenerme aquí dos ó tres días?... A mi edad esto no puede en modo alguno comprometeros, y, por mi parte, os prometo no ser un tío fastidioso.

Berta le había hecho entrar en la sala contigua al gabinete, en tanto que daba órdenes para que se le preparase una habitación. Lorenzo oía hasta los menores movimientos de M. de Rosieres: el sonido de los dijes de su reloj cuando andaba por el cuarto y el ruido argentino de la cuchara en el vaso, donde se



disponía un grog. El doctor se mantenía inmóvil en su silla, sin atreverse siquiera á estirar las piernas, á pesar de la nerviosa impaciencia que le agitaba. En cuanto á su propia persona, no le preocupaba extraordinariamente la eventualidad de un encuentro y una explicación con su padre; pero harto comprendía que, en interés de Mad. de Brioules, era preciso que permaneciese ignorada su presencia, y por lo mismo, esforzábale en contener hasta la respiración y permanecía en su asiento, rígido como una estatua de cera. La necesidad de ocultarse como un malhechor, aquel tapujo concertado con la tácita complicidad de la doncella, tenían un colorido de superchería que le humillaba y avergonzaba.

Por fin, anunciaron al marqués que su cuarto estaba dispuesto, y subió al primer piso. Tan luego como estuvo instalado, bajó apresuradamente Mad. de Brioules.

—Es preciso que salgais— dijo á Lorenzo en voz baja.—Venid.

Le cogió una mano, le llevó atravesando su gabinete de vestir y le hizo entrar en una escalera interior que daba á la cocina, situada en el sótano.

—Escapareis por el jardín—continuó;—daos prisa, y una vez en vuestra casa, no os dejeis ver de nadie, mientras permanezca aquí el marqués. Todo ello será cosa de tres días y yo cuidaré de avisaros cuando se vaya... Hasta la vista, y sed prudente.

Berta volvió á entrar precipitadamente, y Lorenzo se alejó con la mayor cautela posible... Sin embargo, la retirada no se efectuó con bastante rapidez para dejar de ser notada. El marqués, que había ido á casa de su sobrina para poder estudiar de cerca las cosas, había empezado ya á desempeñar su papel fiscalizador, y estaba en acecho detrás de las persianas de su ventana que dominaban el jardín. Pudo, pues, distinguir huyendo por entre los cuadros del jardín un desconocido, al parecer joven, y cuidadosamente vestido.

—¡Caramba!—dijo para sí—¿de dónde sale ese peregrino? La cosa es un tanto equívoca y trasciende á fruto prohibido... En fin, ya estoy dentro de la plaza, y bien astuto será quien logre echarme tierra en los ojos.

Su primer pensamiento fué hacer hablar á la doncella, pero reflexionó cuerdamente que sin perjuicio de dejarse sobornar, no vacilaría la muchacha (que tenía toda la traza de una taimada socarrona) en prevenir á su señora. Resolvió, pues, no hacer partícipe del secreto á tercera persona, y concretarse á sus particulares observaciones. No introdujo alteración alguna en sus maneras francas y joviales, pero desde aquel momento no se separó de su sobrina ni perdió de vista ninguno de sus movimientos.

Durante dos días no descubrió nada irregular en la conducta de Berta, que no salía de casa sino en su compañía y no recibía á nadie. Ni en el paseo, ni en



el manantial, ni en el casino alcanzó el marqués á descubrir un rostro sospechoso; los bañistas eran, en su inmensa mayoría, hombres maduros y poco peligrosos, y Lorenzo permanecía invisible.

Entonces apeló el marqués á una astucia que casi siempre da resultados: una mañana anunció que al día siguiente saldría para Chalons en el tren de las doce de la tarde.

—Si hay algun enamorado por medio—pensaba—y estoy seguro de que le hay... no dejará mi sobrina de escribirle, anunciándole la marcha del tío agua-fiestas. Ahora lo que hace falta es tener mucho ojo y saber el contenido de la carta...

Redobló, en efecto, su vigilancia. Después del desayuno pidióle Berta permiso para abandonarle por un rato, mientras se ocupaba en su tocador.

—No os molesteis, querida sobrina—la dijo el marqués con la mayor naturalidad del mundo;—entretanto, voy tenderme en el diván de la sala y á echar una magnífica siesta.

La sala no estaba separada del tocador más que por una puerta que permanecía abierta, y cuyos cortinones estaban echados.

Al cabo de algunos minutos, M. de Rosieres, que tenía excelente oído, creyó escuchar el ligero chirrido de una pluma sobre papel satinado.

—¡Bueno!—dijo para sí.—Ya la tenemos escribiendo un tierno billete al enamorado.

Se arrodilló con precaución en el diván, alargó el cuello, y por una abertura de las cortinas vió á su sobrina sentada, con una carpeta sobre las rodillas y ocupada en escribir apresuradamente.

Entonces M. de Rosieres se acurrucó de nuevo en el diván y con cariñoso acento, gritó:

—¡Ay! querida Berta, el sueño anda algo rebelde... ¿No tendríais en vuestra biblioteca algun libro que me ayudase á dormir?

Los libros estaban en el piso principal, y deseosa más que nunca Mme. de Brieulles de complacer á su tío, se apresuró á subir para buscar lo que se la pedía. Tan pronto como salió del tocador, se metió en él el marqués. La carpeta estaba colocada encima de un velador; M. de Rosieres la abrió sin el menor escrúpulo, encontró la carta no terminada y recorrió de una ojeada su contenido. Era lacónica, pero le enseñaba todo lo que quería saber.—Por fin—escribía Berta—mañana parte el marqués en el tren del medio día y va á cesar vuestra reclusión. Os espero mañana á las ocho de la noche... «Venid como de costumbre, por la puerta chica del jardín...»

El marqués ahogó un juramento volvió á colocar cuidadosamente la carta entre las hojas de la carpeta que dejó cerrada en su sitio, y regresó á la sala, tendiéndose hipócritamente sobre los almohadones, donde le halló Berta medio adormilado. Le llevaba el *Werther*.



—¡Una novela alemana!—murmuró su tío.—Esto es precisamente lo que necesitaba y ahora sí que voy á dormir á pierna suelta...

Cuando estuvo seguro de que su sobrina se hallaba completamente entregada á su *toilette*, dejó su observatorio, subió á su cuarto y escribió á su vez á Santa María:

«Inmediatamente que recibas esta carta prepara tu saco de noche sin perder un minuto, hazte conducir sobre la marcha á Sermaize y ven á dar una sorpresa á tu mujer, que tendrá un especialísimo gusto en recibirte.»

En seguida bajó sin ruido y echó á andar hacia el pueblo. Diez minutos después estaba en la oficina de Correos y depositaba su carta en el buzón, después de haberse informado de que llegaría con seguridad á su destino al día siguiente por la mañana.

—Y ahora, tortolitos míos—dijo para sí,—yo haré de modo que se sequen en flor vuestros amorcillos.

El resto del día no se separó de Berta, estuvo decididor y amable, y desempeñó tan perfectamente su papel, que no se le pasó siquiera por el pensamiento á la joven que aquel aturdido marqués tuviese la menor sospecha de su intriga.

Al siguiente día por la mañana la acompañó al manantial, almorzó alegremente, y después de darla un cariñoso abrazo, se dirigió á la estación, donde tomó billete para la de Blesmes, que es la segunda entre

Sermaize y Vitry. Una vez allí, aguardó cachazudamente el tren de la tarde, tendido en el sofá del buffet, leyendo un periódico, y preparándose un grogr. De cuando en cuando sacaba el reloj y hacía cálculos sobre la hora probable de llegada de Santa María.

—Hay diez leguas—decía—de las Islettes á Sermaize; Santa María ha recibido esta mañana mi carta, y aun suponiendo que no se haya puesto en camino hasta después de las doce del día, no necesita más de seis horas para hacer el viaje; pongamos una hora más para dar algún descanso al caballo, y podrá estar entre ocho y nueve de esta noche al lado de su mujer... Durante ese tiempo, yo me encargaré del enamorado.

¿Quién podría ser aquel galanteador que con tanto cuidado se ocultaba? ¿Lorenzo acaso?... Pero, según la señorita Sebastiana, Lorenzo estaba en vísperas de casarse. Por de contado que á los ojos del marqués, esta objeción no tenía gran peso; sin embargo, era tan desagradable la hipótesis de una aventura entre su sobrina y su hijo natural, que se esforzaba M. de Rosieres en rechazarla lo más lejos posible.

—¡En fin, allá veremos!—exclamó cuando, después de volver á tomar el tren de las siete, se apeó una hora más tarde en Sermaize.

Empezaba á caer la tarde, y el marqués, siguiendo una senda por medio de los sembrados, fué á colocarse de centinela en el centro de la hilera de sauces



que bordeaba por aquel lado la pared de la Esparaille. La noche se presentaba tranquila, un poco húmeda, y dejábase oír de cuando en cuando el áspero canto de las ranas que saltaban entre las hierbas de los taludes.

El reloj de Sermaize sonó lentamente las ocho.

—¡Atención!—dijo para sí el marqués...

Lorenzo había pasado aquellos tres días de reclusión en un estado de desasosiego físico y moral á la vez; se hallaba taciturno, sobreexcitado, dormía mal y comía peor. Aquella agitación acabó por afectar directamente á su salud; padecía frecuentes dolores de cabeza y experimentaba repentinas hemorragias por la nariz, que en otra ocasión le hubieran inquietado; pero su pensamiento estaba tan tenazmente preocupado con la ansiosa impaciencia de volver á ver á Berta, que ni siquiera prestaba atención á tan prosáicos detalles.

La alegría que sintió al recibir la carta de Mme. de Brioules, le hizo olvidar todo lo de más. A la hora indicada salió de su casa. Había caído por completo la noche, y el joven doctor caminaba con rápido paso por el estrecho sendero que llegaba, serpenteando, hasta la puerta chica del jardín; y mientras su nerviosa planta tronchaba las matas de hierbabuena, que exhalaban al romperse un penetrante aroma, iba pensando que aquella vez no saldría de la Esparaille sin haber triunfado de las resistencias de Berta.

Harto tiempo había estado burlándose de él, y bien merecía el paciente enamorado una indemnización por aquellos tres mortales días, durante los cuales había tascado silenciosamente el freno.

Había llegado cerca de la hilera de saucos, y buscaba á tientas el picaporte de la puertecita enrejada, cuando del centro del verde ramaje salió una vaga forma masculina que se interpuso entre él y la tapia, al mismo tiempo que una voz sonora, cuyas familiares inflexiones reconoció Lorenzo inmediatamente, le dijo:

—Un instante, señor mío; tenemos antes que hablar los dos, si no lo lleváis á mal.

Lorenzo se estremeció y dió algunos pasos atrás, de manera que su rostro, saliendo de la oscuridad, apareció bajo un cielo más claro, y se destacó lo bastante para permitir al marqués conocer á la persona que tenía delante.

—¡Lorenzo!—exclamó—¡Vive el cielo!—¿Y eres tú quien me obliga á desempeñar semejante papel?.. Vete, ¡aquí no tienes nada que hacer!

—¿Qué sabéis vos, y por qué os mezcláis en mis asuntos?—contestó el joven con voz sorda y colérica.

—Soy médico, la señora de Brioules me ha llamado y voy á verla... ¿O es que pretendéis impedirme el ejercicio de mi profesión?

—¿Quieres burlarte de mí?—replicó M. de Rosieras.—Sé que estás enamorado de mi sobrina y que acudes á una cita.



—Y aun suponiendo que así fuese —repuso irónicamente el doctor,—vos, que habeis tenido una juventud borrascosa, debiérais mostraros más caritativo con el prójimo y recordar que no es de buen tono molestar á las gentes en tales circunstancias.

—¡Vive Dios! No se trata de bromas... No me tengo por un angel, y hasta comprendo perfectamente que trates de divertirme; pero así y todo, hay cosas que merecen algun respeto... Vamos, habla de buena fé: ¿no hay en el mundo bastantes mujeres guapas, sin necesidad de que vayas precisamente á introducir la perturbación en el hogar de mi sobrino, es decir, en el seno de tu propia familia?

—¡Mi familia!—respondió Lorenzo con acento de amargura.—¡Vos sí que os chanceais, caballero! Habéis olvidado que vuestra familia no es la mia.

—Pero, en último término—repuso M. de Rosieres desconcertado,—Santa María fué tu amigo, le has estrechada la mano. ¿No sientes ningun escrúpulo en quitarle su mujer?

—¿Teniais vos esos mismos escrúpulos cuando contabais mi edad?

—¡Sí, señor!...—exclamó el marqués.—He cometido locuras, no digo lo contrario; pero respeté á las mujeres casadas, y no turbé jamás la paz de los matrimonios...

—Preferíais trastornar el corazón de las muchachas crédulas, envenenando para siempre su existencia.

¿Os parece eso más moral?... Pero no es este momento oportuno para recriminaciones, y puesto que yo no me mezclo en vuestros asuntos, no os ocupeis en los míos... Y dicho esto por última vez, tened la bondad de dejarme el paso, porque se hace tarde y tengo prisa.

—¡Estás loco! ¿Olvidas que soy el tío de Santa María?..

—¡Bah! señor, vuestro sobrino es bastante talludito para defenderse á sí mismo.. Ya veré lo que he de hacer cuando me lo encuentre cara á cara.

Y al decir esto, Lorenzo había cogido el picaporte de la puerta y se disponía á levantarle. Sus últimas palabras recordaron al marqués que Santa María debía llegar de un momento á otro, y que, una vez dentro de la Esparaille Lorenzo, aquel marido, á quien él mismo había sacado de sus casillas y héchole venir apresuradamente desde el Neufour, sorprendería á Berta y al enamorado doctor en flagrante entrevista. ¡Y sería él quien hubiera puesto frente á frente á su sobrino y á su propio hijo! Instantáneamente se presentó á grandes rasgos á su imaginación el escándalo que se originaría y ¿quién sabe? acaso el deshonesto drama que sería su término. Lanzóse, pues, sobre Lorenzo, y cogiéndole por un brazo, exclamó:

—¡Mil demonios! no entrarás, te lo prohibo; ¡quieras ó no quieras, tu soy padre!



—¡Mi padre!—replicó Lorenzo.—¿Os habeis mostrado jamás digno de ese nombre?... ¿Es necesario que se pongan en juego el honor de vuestra familia y vuestro interés personal, para que os digneis recordar que sois mi padre. Pues bien, os habeis acordado demasiado tarde y no os conozco. ¡Dejadme!

Y rechazando enérgicamente á M. de Rosieres, abrió la puerta, la volvió á cerrar cuando estuvo dentro, echando cuidadosamente el cerrojo, y en seguida se perdió de vista entre el follaje del jardín.

Después de sacudir en vano los barrotes de la verja implacablemente cerrada, el marqués, algo confuso y avergonzado, vió desaparecer á Lorenzo en la oscuridad. A pesar de su mal humor, no podía menos de admirar la fogosidad con que el joven doctor se lanzaba en aquella aventura. El apasionado arrebato de aquel mozo de veintiocho años, había hecho recordar al marqués sus tiempos juveniles, y casi se sentía orgulloso al descubrir su sangre de libertino en las venas de su hijo.

—¡Qué loco!—dijo entre dientes con tono á la vez furioso y entusiasmado.—Y es mi propio retrato, ¡vive Cristo!... ¡A su edad hubiera yo hecho absolutamente lo mismo!...

De pronto se dió una palmada en la frente:

—¡Voto á mil diablos!... Y el simplón de mi sobrino que á estas horas viene trotando por el camino de

Sermaize. ¡Es preciso impedir á todo trance que llegue hasta su mujer!...

Y se alejó rápidamente en dirección á la carretera.

## VII

Después de cruzar el jardín de la Espalleraie dando vuelta á los arriates, y al llegar delante de la fachada principal donde se hallaba la escalinata de entrada, se detuvo Lorenzo un instante para tomar aliento.

Medio alumbrada por un ténue rayo de luna, alzabase ante sus ojos la casa con su techado á la italiana, sus oscuras ventanas con las persianas discretamente echadas y la pared por cuya superficie trepaban jazmines y madreselvas. Hasta el aspecto de la vivienda tenía un no se qué de misterioso y como un vago perfume de amores.

Subió Lorenzo con ligereza las gradas de la escalinata, quiso abrir la puerta, pero quedó asombrado al notar que estaba cerrada por la parte de adentro. Supuso que Mme. de Briulles, para desembarazarse de su doncella, la había enviado al pueblo; volvió piés atrás, consumido por la impaciencia, y acordándose de que la cocina comunicaba con el jardín al mismo